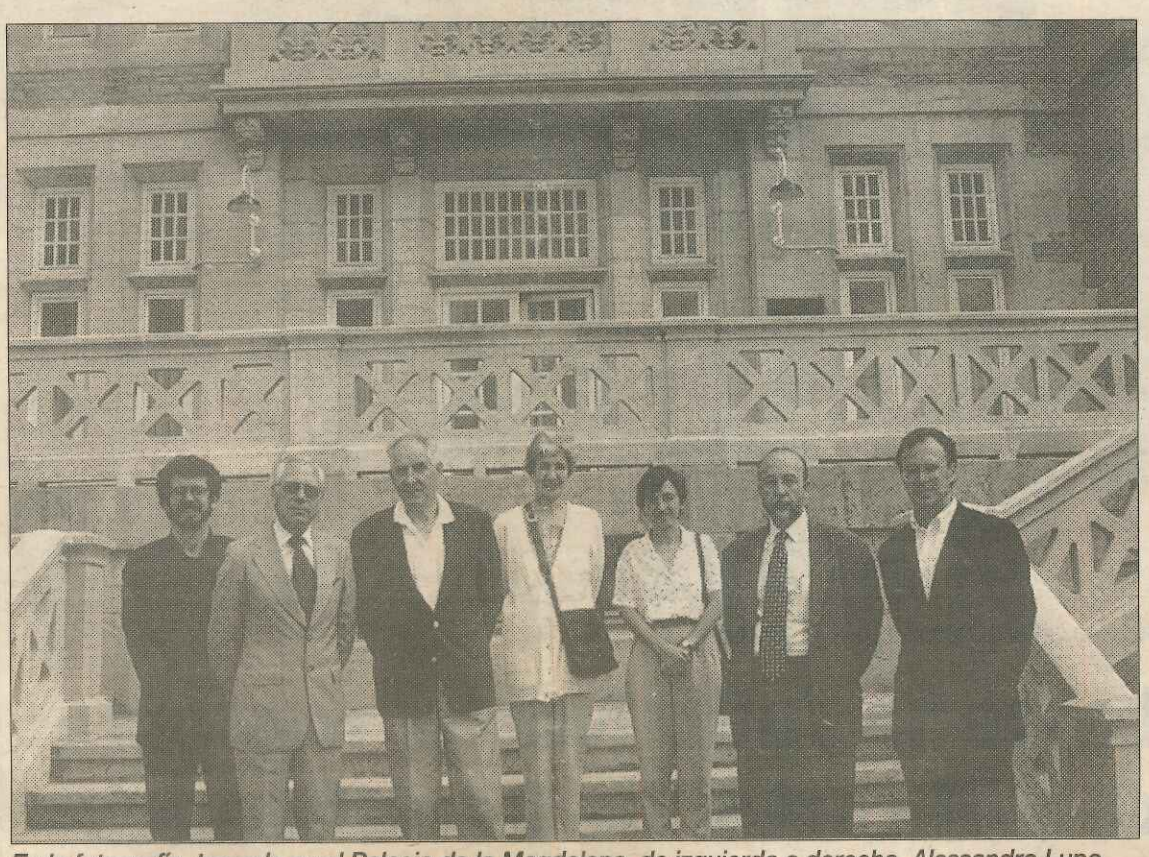
■ UIMP/CANTABRIA

Escuela de Antropología: Sugerencia y fascinación de la experiencia etnográfica

Cantabria, objeto del estudio teórico y del trabajo de campo de la actividad desarrollada en esta primera quincena, con el patrocinio de la Fundación Botín

ELOY GOMEZ PELLON *



En la fotografía, tomada en el Palacio de la Magdalena, de izquierda a derecha, Alessandro Lupo, Carmelo Lisón, Jean Cuisenier, Julia Houssemayne, Ana María Rivas, Ricardo Sanmartín y Eloy Gómez Pellón.

Durante la primera quincena de este mes de julio se han desarrollado, dentro de la programación de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, las actividades que componen la llamada Escuela de Antropología Social, la cual no es sino la respuesta certera que esta institución viene dando desde hace años a la creciente demanda de los estudiantes universitarios en favor de un conjunto de estudios y de saberes que hacen del ser humano, y de la sociedad en que éste desarrolla su vida, el objeto de su estudio.

El Palacio de la Magdalena ha sido el marco excepcional de esta nueva edición, cuyo éxito sólo en parte se debe al esfuerzo y a la dedicación de los alumnos y profesores participantes. El resto del éxito debe atribuirse al empeño de las autoridades académicas de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, y al celo de su personal, en aras de tan excelente resultado, así como al patrocinio de la Fundación Marcelino Botín que con su encomiable generosidad, mantenida a lo largo de estos años, ha hecho posible, una vez más, que la Escuela de Antropología Social fuera una realidad.

Los estudios antropológicos, que tanta importancia poseen en las universidades europeas y norteamericanas desde el siglo pasado, se incorporaron, sin embargo, muy tardíamente al ámbito académico en España, y sólo en el último cuarto del siglo que ahora concluye han adquirido una relevante notoriedad. Dicha incorporación ha supuesto la introducción de métodos y técnicas rigurosos en el estudio de la sociedad, capaces de generar por sí mismos un profundo conocimiento de ésta, asentado sobre sólidas bases científicas, y muy alejado de los viejos géneros diletantistas cultivados por autores de diversa condición.

Precisamente, el estudio de los métodos y técnicas propios de la antropología social ha sido el objeto de esta Escuela. Para ello, al igual que en años anteriores, las enseñanzas han tenido un carácter marcadamente bifronte, en tanto que a una primera semana de orientación teórica le han seguido diez días de aprendizaje práctico, lo cual ha venido constituyendo la nota de singularidad de la Escuela de Antropología Social desde su nacimiento. Esta singularidad se complementa con la originalidad que supone en el panorama académico estival el hecho de que el trabajo del alumno sea minuciosamente evaluado, a fin de que el diploma de asistencia se acompañe de la calificación dada por el aprovechamiento personal del alumno.

Mas todo lo dicho no sería suficiente para comprender el significado de la Escuela de Antropología Social si no se añadiera el protagonismo que adquiere Cantabria año tras año, al convertirse la región en depositaria por excelencia de la experiencias llevadas a cabo por los alumnos a partir de las sugerencias de los profesores. Desde las villas costeras hasta los despoblados núcleos rurales de las tierras altas de la Cordillera, y desde los valles orientales hasta los occidentales, las distintas comarcas de Cantabria han acogido en estos días del verano a la sesentena de alumnos que han participado en la Escuela, procedentes de una veintena de universidades y de países tan distantes como Hungría o los Estados Unidos.

No en vano, en el programa de mano del curso se explicaba cómo en la primera semana el alumno tendría la oportunidad de escuchar a una serie de profesores que le guiarían en la preparación del trabajo de campo, adentrándole en lo relativo a la ecología y a la economía de Cantabria, y en temas tales como la naturaleza del poder, el sensorium cultural, el rito y el símbolo. Asimismo, en el programa se adelantaba, en sentido figurado, que estos profesores le trasladarían a la atalaya desde la que se divisan los difusos bordes de la tradición y de la modernidad, o al mundo sin tiempo del mito.

De este modo, los alumnos, robándole tiempo al tiempo de vacaciones, que es corto por definición, llevan a cabo una importante experiencia, cual es la derivada del trabajo de campo en algún lugar de la geografía cántabra. Este les enseña a sumergirse en una cultura ajena a la suya, mediante una breve zambullida, que les ha de permitir comprender a otros seres humanos como ellos, a la luz de su propia humanidad. Dicho trabajo de campo les hace descubrir, en primer lugar, que la cultura de la que ellos proceden no es más que una entre muchas, y en consecuencia los principios y valores que la informan no son, a menudo, los mismos que vertebran la que ellos empiezan a conocer. Este descubrimiento de la diversidad supone la palmaria expresión de la llamada relatividad cultural, que es tanto como la negación del etnocentrismo, esto es, la creencia común en la superioridad de la cultura propia frente a la ajena.

ANDRES FERNANDEZ

Santoña y sus costumbres, escenario del trabajo de la Escuela.

Dichos alumnos se dan cuenta de que los seres humanos forman grupos, que se asientan sobre espacios territoriales concretos, compartiendo actividades comunes y complementarias que configuran su estilo o modo de vida. Pues bien, este modo de vida desarrollado al calor de las vivencias compartidas, y de una dilatada convivencia consecuente a una misma historia, no sólo alienta la personalidad del grupo, sino que da forma a lo que es la cultura, o la subcultura en su caso, del mismo. Las gentes pertenecientes a una cultura poseen costumbres y normas propias, ideas similares acerca del medio en el que viven y del universo físico en general, y disponen de criterios parecidos acerca de la conducta social adecuada. Justamente, la manera que tienen de ordenar sus normas, sus creencias y sus valores, al mismo tiempo que determina su cultura les diferencia de otros grupos, los cuales al guiarse por categorías distintas enmarcan otras culturas.

Quienes han vivido, al igual que en ediciones anteriores, esta experiencia en tierras cántabras son alumnos simplemente iniciados en muchos casos, bien en la antropología o bien en ciencias sociales afines, que se hallan realizando sus estudios de licenciatura y que aspiran a mejorar su formación teórica. En otros casos, son investigadores que se hallan preparando sus tesis doctorales y que encuentran en la Escuela de Antropología Social la oportunidad para perfeccionar su metodología y ampliar su bagaje, al tiempo que hacen de ella un escenario compartido de conocimientos. Además, cada vez es más frecuente que estudiantes universitarios de ciencias distintas a las sociales, y más puramente positivas, participen en la Escuela de Antropología, a tono con un ideal que fue puesto de relieve por el Profesor Laín Entralgo en la lección magistral pronunciada en el Paraninfo de la Magdalena coincidiendo con la solemne apertura del curso.

Una reproducción del resultado práctico de los trabajos realizados quedará a disposición de la Fundación Marcelino Botín para su ulterior custodia, de cara a la realización futura de una mapa antropológico de Cantabria que permita un mejor conocimiento de las comarcas que componen la región. De ahí que se considere imprescindible el acercamiento a la rica etnografía rural y urbana de Cantabria, a fin de que pueda ser posteriormente interpretada. Instituciones, costumbres, normas, valores, creencias, objetos materiales y actividades de las gentes determinarán, así, el núcleo central de la tarea investigadora de estos participantes en la Escuela de Antropología Social.

Como en años anteriores, la Escuela ha estado dirigida por el Profesor Lisón Tolosana, preclaro heredero de la tradición antropológica británica y piedra angular de la institucionalización de la antropología en la universidad española. El curso, que ha dispuesto de la entusiasta participación de un grupo de profesores de distintas universidades españolas, se ha honrado con la presencia de algunos profesores extranjeros. Uno de éstos ha sido el conocido antropólogo francés Jean Cuisenier, distinguido miembro del Centre National de la Recherche Scientifique y del Musée National des Arts y Traditions Populaires, a la par que director de la influyente revista de Ethnologie Française. Otro de los profesores extranjeros invitado ha sido Alessandro Lupo, acaso uno de los investigadores más notables de la antropología italiana en nuestros días.

Después de lo dicho hasta aquí, y al final de estas líneas, sólo resta desearle larga vida a esta Escuela de Antropología Social de la Universidad Menéndez y Pelayo, que bajo el mecenazgo de la Fundación Marcelino Botín, y contando con el fervor de un numeroso alumnado, a partir de la iniciativa de un grupo de profesores, hace cada verano de Cantabria su objeto de conocimiento por unos días, que a veces son el comienzo de una vida entregada a la investigación y al estudio.

** Profesor Titular de Antropología Social, Universidad de Cantabria.*